

Volumen XXIV Noviembre 1.º de 1929 Número 240

REVISTA

del

COLEGIO MAYOR

de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTÁ

IMP. DE «LA LUZ» —CARRERA 7.ª, NÚM. 590.

MCMXXIX

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Noviembre 1.º de 1929

SERMON SOBRE EL SANTO ROSARIO

PARA LA FIESTA DE LA BORDADITA

Octubre 13 de 1929

*Regina Sacratissimi Rosarii,
Ora pro nobis.*

El santo Rosario es por excelencia la devoción de la Iglesia a Nuestra Señora. Y si queremos averiguar la razón de ello, nos es muy fácil encontrarla: el Rosario es el compendio de la vida de Cristo en los sagrados misterios de su natividad y de su infancia, de su pasión y de su muerte, de su resurrección y glorificación final; ahora bien, Cristo y los misterios de su vida son toda la razón de la grandeza y de la santidad de Nuestra Señora, y por eso la Iglesia al querer ofrendar una corona a la Reina de los cielos y de la tierra, al querer presentarle un ramillete de amor a la Madre de Dios y de los hombres, a María llena de gracia y dispensadora de la gracia, con nada mejor podía formar ese ramillete de amor y fabricar esa corona de gloria que con los misterios de la vida de Cristo, el fruto bendito de su vientre.

Por otra parte, Cristo es también el principio, la norma y la aspiración suprema de nuestra santificación como cristianos; y así la Iglesia propone continuamente a nuestra consideración la vida de Cristo en los tres tiempos

CONTENIDO

<i>Sermón sobre el santo rosario.....</i>	JOSÉ MANUEL DÍAZ
<i>Suárez, humanista.....</i>	J. M. SAAVEDRA G.
<i>Penta tuís chordis cuncta venusta canis! (poesía).....</i>	FEDERICO ESCOBEDO
<i>Conferencias de Filosofía del Derecho (Continuación).....</i>	H. HOLGUÍN Y CARO
<i>Discurso de clausura de estudios. Clausura de estudios</i>	C. LOZANO Y LOZANO
<i>Índice por materias</i>	
<i>Índice por autores</i>	



de Navidad, de la Pasión y de la Pascua, que forman el ciclo litúrgico del año cristiano. En otro tiempo la liturgia y las fórmulas oficiales de la oración de la Iglesia, eran por sí mismas la norma y el espíritu de la piedad cristiana; cuando esto se hizo imposible porque los fieles ignoraban la lengua oficial de la liturgia, el Espíritu Santo quiso remediar de alguna manera esta quiebra conservando lo esencial de esa vida de oración, de fe y de virtud cristiana, e inspiró a Santo Domingo y a sus hijos la devoción del santo Rosario, y la difundió en el seno de su Iglesia, «*ut haec mysteria Smo. B. M. V. Rosario recolentes, et imitemur quod continent et quod promittunt assequamur*»: «para que meditando los misterios del Santísimo Rosario, imitemos lo que ellos contienen y logremos lo que ellos nos prometen». (1)

Obra admirable en su sencillez, con la cual la Sabiduría divina por una parte congregaba la humanidad desamparada, al amparo del maternal regazo de María; y por otra disipaba la ignorancia y el error, mostrándonos en los diversos misterios de su vida a Cristo, que es «la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (2), y señalándonos «los senderos consagrados por la sangre del Dios-Hombre y las lágrimas de su Madre» (3).

Y como en tiempos de san Jerónimo las aldeas y los campos de Palestina resonaban con el canto de los salmos, «y doquiera el labrador guiando el arado cantaba el Alleluja, y el segador fatigado se recreaba con los salmos, y el que podaba las viñas, empuñada la hoz, entonaba los cantos de David» (4), así de santo Domin-

(1) Oración de la Misa en la fiesta del Rosario.

(2) Joann. 1, 9.

(3) León XIII, Encycl. *Magnae Dei Matris*, Sept. 8, 1892.

(4) Ep. Paulae et Eustochii ad Marcellam, inter Ep. Hier. 46, ML XXII, 491.

go para acá, cuando la recitación de los salmos quedó recluida dentro de los claustros, y fue patrimonio de los religiosos y del clero, por todas partes entonaron los fieles la salutación angélica ciento cincuenta veces repetida, que es el número de los salmos del salterio dauidico, por donde a la piedad popular plugo llamar «*Salterio laico*» a esta manera de alabanza a la grandeza de Nuestra Señora. Así el Rosario fue a la vez escuela de santidad cristiana, canto de amor y de alabanza a la Reina de los cielos, fuente de devoción y de consuelo para los hijos de la Iglesia, y arma poderosa en las luchas que la Ciudad de Dios mantiene sin cesar contra los poderes enemigos.

I

La ley suprema de la cátedra sagrada, es la utilidad y provecho de los fieles; y nosotros, a quienes se ha confiado la misión de predicar, no la cumplimos sino dando a conocer a Jesucristo y su Evangelio: «*Vae mihi, si non evangelizavero!*», decía san Pablo (1); y ese tremendo *Vae* nos obliga a no buscar en la predicación otra cosa que anunciar a Jesucristo y edificar con la doctrina de su Evangelio la piedad de los cristianos.

«Nadie puede poner otro fundamento, fuera del que ha sido puesto, que es Cristo Jesús» (2); debe ser por lo tanto Cristo mismo el fundamento y la razón de ser de nuestra devoción a Nuestra Señora, como es el fundamento y la razón de ser de su santidad, y ha de ser lo igualmente de la nuestra. Por eso al celebrar las glorias de Nuestra Señora, no hay mejor manera de hacerlo que mostrando cómo es Ella el medio más seguro para encontrar a Jesucristo, y cómo ha de ser nuestra devoción a Ella el camino breve y el auxilio más efi-

(1) 1 Cor. 9, 16.

(2) 1 Cor. 3, 11.

caz para obtener la santificación de nuestras almas con el conocimiento, el amor y la imitación de Jesucristo.

Quiere la Iglesia que así como en el seno de María, por virtud inefable del Espíritu, se formó Cristo, se desarrolló y creció el Verbo hecho carne, y se crió a 'los pechos de su amor materno, no de otra manera sino en el regazo de María, se forme también Cristo en nosotros, y nosotros crezcamos en El, hasta obtener la plenitud de nuestra perfección como cristianos. Por eso ha entretejido en una sola fórmula de oración, la más popular entre sus hijos, la meditación de los misterios de la vida de Cristo con las alabanzas y plegarias más piadosas dirigidas a su Madre.

Los misterios gozosos del Rosario nos descubren en Nuestra Señora el fundamento de su grandeza y de nuestra devoción a ella. Ella es grande por la divina vocación que la predestinó a ser Madre de Cristo, y porque por medio de Ella quiso realizar el Padre el mayor portento de su amor, el que pondera y encarece San Juan cuando nos dice: «Amó Dios al mundo hasta tal punto, que le dio a su Unigénito Hijo». «*Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret*» (1). Y en esta obra del eterno amor, no fue María un simple canal por donde se nos comunicó esa gracia soberana, un medio inerte por el cual se nos dio aquella dádiva preciosa. Llamada por Dios desde la eternidad a este sublime ministerio, Ella en el tiempo entra de lleno en la realización de la obra de Dios, con su inteligencia, con su voluntad y con su amor hacia Dios y hacia los hombres.

Cuando en los albores de la historia de la humanidad, en el paraíso de delicias en que el Creador había colocado a nuestros padres, por la prevaricación del

(1) Joann. 3, 16.

primer hombre y de la primera mujer se puso el sol de la primera justicia, y se extinguió la luz de la felicidad y la esperanza para el linaje humano, con la promesa misericordiosa del Redentor futuro se levantó en el horizonte la estrella que anunciaba un nuevo día, el día grande del Señor, el día en que sobre las ruinas que causó el pecado y sobre las sombras de la muerte, había de sobreabundar la gracia de la redención y había de dársenos la vida copiosa y superabundante; y esa estrella de tantas esperanzas, no era otra que María, la Mujer que había de ser la enemiga mortal de la serpiente, y cuyo Germen de bendición había de destruir el pecado, había de triunfar sobre la muerte, había de deshacer la obra del demonio. Por designio de infinita sabiduría y misericordia, quiso el Señor, con la misma sentencia que condenaba a Eva, señalar a María como principio de la reconciliación y de todas las bendiciones del futuro; y en cambio de la mujer que dio a gustar al hombre el fruto de la muerte, señaló a otra Mujer que nos brindara el fruto de la vida. Y como el ángel del mal, seduciendo a la mujer, le había arrancado la primera palabra de rebelión y de pecado, llegada la plenitud de los tiempos, la hora de la misericordia y de la caridad con que Dios amó a los hombres desde la eternidad, el Padre envía a Nuestra Señora un ángel que solicite su palabra de asentimiento a la maternidad divina, con que Ella había de colaborar y dar comienzo a la obra de nuestra redención; el Espíritu la cubre con su sombra y le infunde fecundidad maravillosa para que conciba a Cristo en sus entrañas virginales, y el Verbo se hace carne y habita en ellas corporalmente, para empezar a vivir en medio de los hombres. En María se ha cumplido el gran misterio de los siglos: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Uni-

génito divino, y se lo dio en el seno de la Virgen, en los brazos de Nuestra Señora. Y desde ese mismo instante, y por ese solo hecho, María quedó levantada en dignidad sobre todas las criaturas; tanto más grande que los ángeles, cuanto recibió mejor nombre que ellos: a ellos llama Dios sus mensajeros y sus siervos; Madre de Dios es el propio nombre de María! Y cual es su dignidad, tal es también su santidad por la plenitud de la gracia que la adorna, porque a mayor unión con Dios y acercamiento a El, corresponde necesariamente mayor participación de su infinita santidad; ahora bien, después de la personal unión de la humana naturaleza con el Verbo en Cristo, no puede haber mayor unión con Dios que la comunicación de la naturaleza por razón de la maternidad, y María es la Madre de Dios, que en sus entrañas, y de su carne, y de su sangre, se hizo hombre!

El fruto bendito de su vientre, es el mismo Verbo engendrado por el Padre, que está en el seno de Dios desde la eternidad! Uno mismo es el Hijo de Dios y el Hijo de María! Y de esta suerte en Cristo y en su obra están inseparablemente unidos el amor materno de María y la eterna caridad del Padre; y por medio de Cristo, Hijo de Dios e Hijo de María, se va a llevar a cabo la redención del mundo, obra juntamente de la bondad infinita de Dios, y de la bondad y ternura maternales de Nuestra Señora.

De sus purísimas entrañas salió con abundancia el espíritu de fervor y caridad que, habiendo venido primero sobre ella, luego llenó toda la tierra: «*Uterus Marice, spiritu ferventi qui supervenit in eam, replevit orbem terrarum cum peperit Salvatorem*» (1). Y nos dice Santo Tomás que para que María pudiera estar tan íntima-

(1) S. Ambros., *Institutio Virginis*, cap. 12.

mente unida a Cristo autor de la gracia, debió recibir tan abundante participación y plenitud de ella, que inmensamente aventajara a todas las demás criaturas; por manera que recibiera en sí al que es la plenitud de toda gracia, y siendo su Madre, luego la hiciera derivar a todos los demás (1).

Dios no muda los consejos de su sabiduría, ni se arrepiente de sus dones (2). Por eso, si Dios quiso una vez darnos a Cristo por medio de la Virgen, esa economía de su providencia ya no se cambia; siempre será verdad que si por Ella recibimos una vez al Autor y principio de la gracia, por Ella hemos de recibir también todos los dones particulares en el orden de la gracia.

Por eso la Iglesia nos enseña, con la devoción del Santo Rosario, a buscar a Cristo en los brazos de María. Ella nos lo presenta, como a los pastores de Belén, niño pequeñito, envuelto en pañales y hecho en todo semejante a los hombres sus hermanos; por manera que veamos realizado el supremo anhelo de todos los justos del Antiguo Testamento que el autor del Cantar de los Cantares nos declara en su maravillosa alegoría cuando pone en labios de la Esposa, en quien está personificado todo el pueblo santo de Israel, esta suprema aspiración de su amor y su esperanza, dirigida a Iahveh en la persona del Esposo:

«Ay! si fueras para mí un hermano
criado a los pechos de mi madre!

Así podría besarte al encontrarte afuera,
y nadie me podría infamar.

Te llevaría y te introduciría en la casa de mi madre:

Tú me enseñarías;

(1) P. 3, q. 27, art. 5, c. et ad. 1.

(2) Rom. 11, 29.

Yo te brindaría mi vino aromatizado,
mi vino de granadas!» (1).

Es, hermanos, el vino de la caridad y del amor, que nosotros no podemos ofrecer a Cristo de manera mejor que por medio de María cuando El, reclinado sobre el pecho de su Madre, que también lo es nuestra, siente palpar su corazón con el amor que Ella le ofrece por sí y por nosotros, sus hijos desvalidos. Ella en nombre nuestro, y nosotros por su mediación y valimiento, le ofrendamos nuestro amor; y Ella nos presenta a Jesucristo en los gozosos misterios de su infancia y de su adolescencia, cuando quiso vivir en medio de nosotros como el más hermoso y el más amable de los hijos de los hombres.

II

Pero la Virgen Nuestra Señora es doblemente Madre: nos lo declara san Agustín cuando nos dice de ella: «*Corpore Mater Capitis nostri; spiritu mater membrorum eius, quia cooperata est caritate ut fideles in Ecclesia nascerentur*»: Madre, según la carne, de Cristo que es nuestra Cabeza; madre espiritualmente de los fieles, que son los miembros de su Cuerpo místico, porque cooperó con su caridad para que los hijos de Dios nacieran en la Iglesia (2).

En los misterios gozosos del Rosario veneramos la maternidad divina de María, que es Madre Virgen de su

(1) Cant. 8, 1-2.

(2) Las palabras de san Agustín son textualmente: «Illa una femina, non solum spiritu, verum etiam corpore et mater et virgo. Et mater quidem spiritu, non Capitis nostri, quod est ipse Salvator, ex quo magis illa spiritaliter nata est. . . . sed plane mater membrorum eius, quod nos sumus; quia cooperata est caritate ut fideles in Ecclesia nascerentur, quae illius Capitis membra sunt; corpore vero ipsius Capitis mater». (De Sancta Virginitate, cap. 6).

Hijo inocente, sin dolores; en los misterios dolorosos, María se nos muestra como madre de sus hijos pecadores, con los quebrantos y dolores más atroces. San Juan, el primogénito hijo de María según esta dolorosa maternidad de amor y caridad, nos la describe en sus revelaciones con la figura simbólica de la mujer que apareció en los cielos vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y coronada de estrellas; la cual siendo madre, daba gritos y era cruelmente atormentada para dar a luz al hijo de su dolor (1). En ese hijo podemos ver significado al pueblo de los escogidos, a la Iglesia junto con Cristo, e íntimamente unida a El como su Cuerpo místico; y por eso san Agustín reconoció en esa mujer a la Virgen (2), que, pues es la madre de Cristo, lo es igualmente de su Cuerpo místico.

El Padre que desde la eternidad engendra de su substancia, por la fecundidad de su naturaleza, a su Unigénito divino, imagen perfecta de su infinita perfección, esplendor de su gloria y objeto de sus inefables complacencias, por la fecundidad de su caridad y de su amor, por las riquezas de su bondad y la abundancia de su misericordia quiso llamar a la vida sobrenatural y a la participación de sus dones soberanos a otros hijos, hijos de adopción, a quienes hiciera hermanos del Hijo

(1) Apoc. 12, 1-6.

(2) «Mulierem illam Virginem Mariam significasse, quae Caput nostrum integra integrum peperit, quae etiam ipsa figuram in se sanctae Ecclesiae demonstravit: ut quomodo filium pariens virgo permansit, ita et haec omni tempore membra eius pariat, virginitatem non amittat». (De Symbolo ad Catechumenos, Sermon IV, cap. 1).—De los cuatro sermones de Symb. ad Cat., sólo el I es de autenticidad cierta; pero la interpretación consignada en este texto está plenamente autorizada por la exégesis del pasaje y por la autoridad de varios antiguos comentaristas y del uso litúrgico. (Cfr. Allo, L'Apocalypse, pg. 158-161 y pg. 172-174); y la idea es ciertamente de s. Agustín. (Cfr. Enarr. in Ps. 142, n. 3).

verdadero, herederos de su casa y coherederos con Cristo. Y la misma divina economía que hizo de Nuestra Señora la Madre del Unigénito de Dios, asociándola en el tiempo, por un misterio inescrutable, a la eterna paternidad del Padre que la hizo verdadera madre de su Hijo, quiso asociarla también a la obra de su infinita misericordia con que nos hizo a nosotros sus hijos adoptivos, e hizo de la Madre de Cristo la madre de los pecadores regenerados por su gracia; así es Nuestra Señora, Madre del Hijo de Dios, y madre nuestra! La misma adopción que nos hace hijos de Dios nos hace hijos de la Madre de su Unigénito divino.

Pero quiso el Padre que no se llevara a cabo esa adopción, que no vinieran a la vida los hijos adoptivos, sino en virtud de los dolores y la muerte del Hijo verdadero: «No perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros; y lo envió a este mundo nacido de mujer, nacido bajo el dominio de la Ley, para que redimiera a los que estaban sometidos a la Ley, para que recibiéramos la adopción de hijos» (1).

Y en efecto, sólo por los dolores y la muerte del Hijo de Dios hemos venido nosotros a la vida. Lo había dicho Dios mismo por boca de Isaías cuando anunció los padecimientos del Mesías Redentor, del Siervo de Iahveh. «Si diera su vida en expiación por el pecado, se le dará una larga descendencia; triunfará despojando a los poderosos, porque se ofreció a la muerte» (2). Y luego lo declaró el mismo Jesucristo cuando dijo: «Yo he venido para que tengan la vida, y la tengan copiosa y abundantemente: Yo soy el Buen Pastor y doy mi vida por mis ovejas» (3).

Y como ha de ser en todo semejante María con Je-

(1) Rom. 8; 32; Gal. 4, 4-5.

(2) Is. 53, 10-12.

(3) Joann, 10. 10-15,

sucristo, la nueva Eva con el nuevo Adán, no podía ser Ella madre de los pecadores regenerados, sino por medio del sacrificio y del dolor. Y si de Cristo podemos decir que toda su vida fue continua cruz y martirio, no menor verdad es esto respecto de su Madre desde el instante en que Ella dio su palabra de asentimiento a la divina maternidad, que como es la razón y fundamento de todas sus grandezas, es por lo mismo el origen y el comienzo de todos sus dolores.

Por eso cuando llegó la hora de la pasión y de la inmolación de Cristo, vemos a Nuestra Señora inseparablemente unida a El en el camino de la amargura y en la cima del Calvario. Allí, al pie de la cruz, qué inmenso mar de aflicciones anegó su corazón! Veía a su Unigénito divino deshacerse en dolores, y no podía ayudarle! Veía su cuerpo llagado y destrozado, y no podía curarlo! Ensangrentados y llorosos los ojos, y no se los podía enjugar; tostados los labios por la sed, y no podía brindarle alivio. Lo vio abandonado de los suyos y desamparado de su Padre, y no podía ampararlo! Veía que su Hijo y su Señor, el Amado de su alma, se le iba en brazos de la muerte, y no podía abrazarse con El y retenerlo! Y entonces, con obediencia más heroica aún que la de Abraham cuando iba a inmolarse a su hijo único, con generosidad comparable sólo a la grandeza de su amor, ofreció Ella al Padre los dolores y la muerte de su Hijo, inmolando juntamente con El su corazón de madre, que estaba clavado con Cristo en la cruz mucho mejor que el de san Pablo. Y el perfume de ese santísimo holocausto, que Ella ofrecía por la salud de los hombres pecadores, subió hasta el divino acatamiento convertido en la oración que murmuraban los labios de la Virgen: «*Fiat voluntas tua!*». Pues así lo has querido para la redención del mundo, hágase Señor tu voluntad! «*Fiat voluntas tua!*» Que era

repetir el *Fiat* primero con que aceptó ser Madre del Salvador, para hacerse ahora madre de los hombres que El hacía hijos de Dios y hermanos suyos, dando por ellos la vida y derramando por ellos su sangre. A ese primer *Fiat* salido de labios de la Virgen, respondió la realización y cumplimiento de las palabras con que el Angel le había dado el anuncio de la maternidad divina diciéndole: «Hé aquí que concebirás y darás a luz un hijo que se llamará JESÚS, porque ha de salvar de sus pecados a su pueblo» (1). Ahora, a este segundo *Fiat* de inmolación y sacrificio, no ya un ángel, sino Cristo mismo le respondió diciéndole: «Mujer, hé ahí a tu hijo» (2), y dándole así en su Discípulo Amado por hijos a los hombres! Señora! pues que sois mi madre, sed también de mis hermanos! Pues a mí me amáis con el amor materno, amadlos también a ellos con el mismo amor! Pues habéis consumado conmigo el sacrificio que es la prenda de su rescate y el título de su adopción, sed la Madre de los hijos de Dios, que nacen ahora a la vida de la gracia! No ya con gozos inefables, sino con deshecha tempestad de angustias y dolores, confiaba el Señor esta segunda maternidad a la ternura de su amor.

He aquí, hermanos míos, cómo somos hijos de los dolores de María; si Cristo nació de sus entrañas virginales sin quebranto y sin dolor, nosotros hemos nacido del corazón de nuestra madre, de las entrañas de su amor materno desgarradas por el hierro del dolor, destrozadas y ensangrentadas por las más crueles amarguras. Somos hijos de los dolores de María, y a nosotros, nacidos así a la vida de la gracia, se nos dicen en su sentido más alto y más profundo las palabras de

(1) Lc. 1, 31; Mt. 1, 21.

(2) Joann. 19, 26.

la Escritura: «*Gemitus matris tuæ ne obliviscaris!*» «No te olvides de los gemidos y del llanto de tu madre!» (1). Cuando las violentas tentaciones del demonio, las seducciones del mundo y de la carne te soliciten al pecado, acuérdate del llanto de María, no olvides nunca los gemidos de esa Madre tan amante y bondadosa! Acuérdate de lo que le ha costado a Ella, como a Cristo, hacerte hijo de Dios y heredero de su reino! Acuérdate que has nacido para el cielo desgarrando en el Calvario sus entrañas maternas! Y piensa cuán grande sería tu ingratitud y tu perversidad si ahora quisieras renovarle todos sus dolores pisoteando la sangre que por tí derramó Cristo en el madero, y levantando de nuevo la cruz para clavar en ella a Cristo y renovar a los ojos de Nuestra Señora las ignominias de su pasión, las mortales congojas y agonía del Hijo y de la Madre!

Y así como al rezar los misterios gozosos del Rosario le hacemos presente a Nuestra Señora su excelsa dignidad de Madre del Verbo hecho carne, razón y fundamento de su poder y de nuestra confianza en Ella, así al meditar los misterios dolorosos hagámosle presente la compasión y misericordia a que la obliga con nosotros lo que por nosotros ha sufrido, lo que a Ella y a su Hijo divino les costó nuestra redención, que nos hizo nacer hijos de Dios por la adopción misericordiosa de la gracia; y pílémosle que la conserve en nosotros, que nos defienda del pecado, que acabe en nosotros la obra comenzada a costa de tantos dolores y de tan grande sacrificio!

(1) Eccli. 7, 29.



III

Hemos dicho que Dios no se arrepiente de sus dones, ni muda los consejos de su sabiduría y de su bondad, ni deja sus obras incompletas. Dios puso a María al principio de toda la obra de nuestra redención haciéndola Madre de su Verbo encarnado y dándonos por medio de Ella en la tierra a Jesucristo. Pues bien, Dios ha puesto también a Nuestra Señora al cabo de su obra glorificándola en el cielo antes que a todos los demás, para que sea Ella el principio y la esperanza de la gloria con que esa obra de redención se acaba y se consuma. Y Cristo que asoció a su Madre a sus dolores y a su inmolación para hacerla nuestra Madre, la Madre de su Cuerpo místico nacido de la fecundidad divina de la cruz, la asocia también a su gloria para hacerla consigo Reina del Universo, abogada nuestra, apoyo de nuestra esperanza, estímulo que aliente nuestro esfuerzo, modelo y ejemplar y prenda anticipada de nuestra glorificación futura. En Ella, como en tierra mejor dispuesta y preparada, anticipó el Señor los frutos de inmortalidad y de gloria que su virtud vivificante ha de producir también un día en nuestra carne corruptible, revistiéndola de incorrupción y de inmortalidad que nos hagan semejantes a los ángeles; tornando nuestra carne de pecado en «carne angelizada», según la expresión de Tertuliano (1), que así comenta las palabras con que Cristo nos declara en su Evangelio la gloria de nuestros cuerpos resucitados cuando dice: «*Erunt sicut angeli Dei*» (2).

Por manera que si Cristo, «Cabeza del cuerpo de la Iglesia, es por su gloriosa resurrección el primogénito

(1) De carnis Resurrectione, 26.

(2) Mt. 22, 30.

de entre los muertos» (1), y por eso con El y en El hemos de ser vivificados y resucitados para sentarnos con El en la gloria de los cielos (2), no de otra suerte es Nuestra Señora el fruto prematuro de nuestra inmortalidad, y su resurrección y su Asunción gloriosa son las primicias de la resurrección y glorificación de nuestra carne; primicias recogidas ya en el cielo como arras y como prenda de la gloria futura que a nosotros sus hijos ha sido prometida.

Primerò su calidad de Madre de Cristo, que meditamos en los misterios gozosos del Rosario, nos hace presente su dignidad altísima, objeto de nuestra veneración y reverencia; luégo su calidad de Madre nuestra, que nos dio la vida con el dolor de sus entrañas, nos la presenta en los misterios dolorosos como objeto de nuestro amor más acendrado, de nuestra gratitud y fidelidad más generosas; finalmente los misterios de su glorificación con Cristo, nos la muestran en todo el esplendor de su realeza, coronada como Reina de todo lo creado. Es la Madre de Cristo, y por ese tiene en sus manos todo el caudal de sus merecimientos y sus dones; es nuestra Madre, y por eso tiene en su corazón un inagotable tesoro de misericordia y compasión, de amor y de ternura; es la Reina de los cielos y la tierra, y a Ella ha encomendado el Señor la distribución de sus gracias y favores. «Tú, Señora, eres más grande y más excelsa que todos los patriarcas y profetas, que los apóstoles y mártires, los confesores y las vírgenes, porque de todos ellos, como también de los espíritus angélicos, eres Reina y Soberana, y lo que pueden todos ellos contigo, lo puedes tú sola sin ellos; y por qué, sino porque eres la Madre del Salvador, la

(1) Coloss. 1, 18; Apoc. 1, 5.

(2) 1 Cor. 15, 20-22; Ephes. 2, 6.

Esposa de Dios, la Reina del cielo y de la tierra y de todo lo creado? Por eso a tí me acojo; si tú callas, nadie me podrá ayudar; si tú me amparas, todos me ayudarán contigo!» (1).

Cristo resucitado de entre los muertos subió a lo más alto de los cielos, y el Padre lo sentó a su diestra, sobre todos los principados y potestades, y las virtudes y dominaciones de la jerarquía del cielo, y todas las cosas puso el señor debajo de sus pies, para que así exaltado su nombre sobre todo otro nombre en la tierra y en los cielos, quedara Cristo constituido Cabeza gloriosa de la Iglesia. Y junto con El su Madre, fue exaltado sobre todas las criaturas de la tierra y de los cielos, de manera que la última perfección de gracia y gloria de los más altos espíritus angélicos, no es sino peana a la grandeza de María! María es el monte santo de Dios, a quien convienen mejor que a las colinas de Sión las palabras de Isaías (2): «*Erit in novissimis diebus præparatus mons domus Domini in vertice montium*»: porque María es la morada en que habitó el Señor, y Ella es el monte santo que está puesto sobre las más altas cimas de los montes; que con la excelencia de su elección sobrepasa todas las excelencias de las criaturas escogidas de Dios; que para llegar hasta ser Madre del Verbo Eterno, levanta la cumbre gloriosa de sus prerrogativas, y yergue la cima inaccesible de sus méritos por sobre todos los coros de los ángeles hasta el trono mismo de la Divinidad! Y de María también, en la grandeza de su gloria, podemos decir las palabras con que el Salmista canta las glorias de la Ciudad de Dios: «*Fundamenta eius in montibus sanctis... et ipse fundavit eam Altissimus*» (3); palabras con que la

(1) S. Anselm. Orat. 46.

(2) Is. 2, 2.

(3) Psalm. 86, 1-5.

Escritura divina pondera la gloria de Sión, porque es la morada que el Señor escogió como lugar de su presencia invisible sobre la tierra; pero que mejor aún declaran la gloria de María, tabernáculo viviente en donde Dios empezó a habitar visible y corporalmente en medio de los hombres.

De tí, Ciudad santísima de Dios, se han dicho cosas gloriosas, y a tí con ofrendas y con dones ha venido el extranjero, el tirio y el habitante de la Etiopía. A tí, Señora de los santos y Reina de los ángeles, rinden homenaje los moradores todos de la celestial Jerusalén. A tí también, Madre de los pecadores, que habitas en lo más alto de los cielos, levantan sus ojos los desterrados hijos de Eva, como un esclavo fija sus miradas en las manos de su señor pidiéndole merced, como un hijo mira al rostro de su madre implorando el amparo de su amor! *Monstra te esse matrem!* Muéstra que eres nuestra madre! Rómpe los vínculos que por nuestra desgracia tan estrechamente nos ligan a la tierra; tráe luz a los que a tientas vamos pisando el camino que nos conduce a tí. Pues eres «llena de gracia», dígnate comunicarla a manos llenas a nosotros tus hijos pecadores. Pues eres madre de Cristo, muéstranos después de este destierro el fruto bendito de tu vientre, y dános a Jesús allá en el cielo, como nos lo diste para nuestra salud sobre la tierra.

LAVS CHRISTO PER MARIAM

JOSÉ MANUEL PÍAZ



Universidad del
Rosario

2

Archivo
Histórico